

6.-El influjo de la Doctrina Social de la Iglesia en el ideal cooperativo de don José María

Ya se ha dedicado un capítulo a explicar el ambiente religioso en los años en que Arizmendiarieta llega a Mondragón y en los inmediatamente posteriores. Decíamos allí que ese ambiente estaba teñido por la preocupación social, es decir, por el interés por buscar soluciones, tanto para que hubiera más trabajo como para mejorar las condiciones materiales de vida de los obreros. Igualmente, se hizo mención del papel que el seminario de Vitoria jugó a la hora de formar sacerdotes para quienes la preocupación por lo social o la «cuestión social» estuviera muy presente. De todo ello podemos deducir ahora que las inquietudes apostólicas de Arizmendiarieta, que canalizó, precisamente, hacia la actuación social en la vertiente del cooperativismo, emanan directamente de la formación recibida. A su vez, todo ese ambiente tiene una fuente fundamental de iluminación que son los documentos del magisterio de la Iglesia que, en su conjunto, se conocen como «Doctrina Social de la Iglesia». La preocupación por el obrerismo era antigua y los documentos pontificios o episcopales sobre ese asunto son abundantes a lo largo ya de todo el siglo XIX; a más a más, todas esas ideas cobraron mayor fuerza tras la publicación en 1891 de la encíclica *Rerum novarum*, de León XIII. En ella se hacía una crítica tanto del socialismo marxista como del capitalismo liberal y se manifestaba la preocupación por que todos los obreros pudieran tener una vida digna tanto en salario –para poder criar dignamente una familia– como en unas condiciones laborales que les permitieran tener tiempo libre para actividades más allá de la mera dedicación laboral.

En su encíclica y en otros escritos, León XIII desarrollaba ideas que poco más tarde recibirán un nombre concreto, solidaridad y subsidiariedad, y también se refería al ideal cooperativo. De fondo latía una preocupación que late también en el Evangelio por la prioridad de la persona (la persona es más que el trabajo, como se llegará a expresar más tarde) y por la importancia de la familia. El socialismo no daba respuesta a estas cuestiones, pues se basa en la lucha de clases y da prioridad al Estado y también, en algunas de sus versiones, se apoya en la violencia; el capitalismo liberal, por su parte, deja actuar demasiado libremente al «mercado», de manera aparentemente mecánica, y los pobres quedan desamparados. En definitiva, lo que brilla por su ausencia es la caridad, que es la principal virtud cristiana y con ella la solidaridad.

La *Rerum novarum* favoreció el desarrollo de actividades solidarias y cooperativistas. No eran nuevas, pero desde entonces tomarán nueva fuerza. Se trataba de que los sacerdotes se acercaran al mundo obrero y extendieran a esos ámbitos la labor evangelizadora. Así surgieron, entre otras realidades, la JOC, desarrollada desde antes de 1931 por el sacerdote belga Joseph Cardijn. En 1931, el

papa Pío XI publicó la *Quadragesimo anno* que venía a celebrar los cuarenta años de la encíclica anterior. Entre otras cosas, se decía que «los primeros e inmediatos apóstoles de los obreros han de ser obreros» y se pedía a los sacerdotes «buscar diligentemente a estos laicos, así obreros como patronos; elegirlos prudentemente, educarlos adecuadamente e instruirlos»¹.

La encíclica renovaba las mismas ideas de la *Rerum novarum* y añadía otras nuevas. Se hablaba ya de doctrina social y se daban algunas orientaciones más concretas. Se avanzaba en el desarrollo de los conceptos de subsidiariedad y solidaridad y se criticaba la sociedad de clases y el peligro del socialismo, si bien se repetía que la propiedad privada era un derecho natural, aunque supeditada al bien común. En cuanto al capitalismo, se había extendido de una manera que era difícil que se sujetara al recto orden que pidió León XIII. Desde luego, la vida económica cristiana era compatible con el lucro lícito, pero no con los excesos. Para que hubiera justicia y no socialismo, se necesitaba la caridad, algo mucho más amplio que la mera reciprocidad mercantil. También se refería Pío XI al corporativismo y aceptaba que hubiera asociaciones mixtas, es decir, de católicos y no católicos. Esta idea se dirigía más a la actividad de tipo sindicalista; en lo que se refiere a la vida de la empresa, se expresaba el ideal de que los obreros pudieran participar de alguna manera, en la propiedad.

Más tarde, hacia mediados de los años cuarenta, se desarrollará en España la HOAC, Hermandad de Obreros de Acción Católica, impulsada por el laico Guillem Roviroso, que vino a dar un nuevo paso en el cooperativismo: la autogestión obrera, un cooperativismo integral pacíficamente impuesto. Entre sus actividades se daban charlas sobre el mundo del trabajo y sobre las realidades políticas y sociales (el problema de la vivienda, los hijos, la familia obrera, etc.); también se hacía un periódico: *¡Tú!* Roviroso aplicaba igualmente el método de la JOC: «ver, juzgar, actuar», método que de modo similar aceptaría y propondría más tarde la *Mater et magistra* de san Juan XXIII, en 1961².

Hemos señalado algunas de las realidades de la doctrina y de la acción social de la Iglesia jerárquica y de algunos de sus fieles para destacar la identidad en muchos casos y cercanía en otros de esas ideas y actividades con las de Arizmendiarieta. Para empezar, Arizmendiarieta trabajó en el seno de la Acción Católica de Mondragón, con lo que estaba en el ambiente perfecto para recibir ideas e indicaciones sobre cómo actuar. Cuando pidió a los dueños de la Cerrajera que admitieran a los obreros a participar en la propiedad de la empresa, no estaba si no siguiendo ideas concretas de las encíclicas de la época, como acabamos de ver. Don José María se dedicaba a dar

¹ *Quadragesimo anno*, números 141 y 142.

² Sobre todas estas cuestiones puede verse J. ANDRÉS-GALLEGO, *La doctrina social de la Iglesia*, Sekotia, Córdoba 2023, 245ss.

charlas que incluían temas sobre realidades espirituales y acercamientos a la realidad obrera y social; también le preocupó, desde la Acción Católica, como ya vimos, fomentar la construcción de viviendas accesibles a los obreros, por ejemplo, entre otras actividades de promoción social. En esas charlas, según testimonian algunos de los entrevistados, los alentaba a ver la realidad, a tomar conciencia de lo que estaba mal o faltaba, y actuar en consecuencia, a comprometerse. Igualmente adaptó a su trabajo el periódico *Tú*.

Es más que evidente, por todo lo que llevamos dicho, que Arizmendiarieta bebía en las fuentes de la Doctrina Social de la Iglesia y de las ideas y directrices en las que se movían quienes, al menos en ámbitos obreros, trabajaban en Acción Católica. No es de extrañar que muchos de sus colaboradores o de las personas que pronto se unieron al movimiento cooperativista de Mondragón fueran o hubieran sido, miembros de Acción Católica o hubieran participado en la JOC o en la HOAC. Era, sin más, el ambiente y las organizaciones que se movían en el mundo católico, próximo a la jerarquía y a los párrocos; todas las personas que pertenecían al mundo obrero y tenían verdaderas inquietudes sociales, deseos de cambiar la sociedad, se acercaban a los sacerdotes que se preocupaban de la cuestión social, que, de alguna manera, trataban de poner en práctica las ideas que desde hacía ya casi dos siglos, se venían desarrollando por pensadores cristianos o en documentos magisteriales.

Quienes colaboraron con él llegaron a tener claro que Arizmendiarieta no fue el primero ni el inventor de esas ideas o modos de actuar. En su época ya había muchas personas y movimientos preocupados por los problemas sociales. La «cuestión social» llevaba tiempo en el candelero y, sobre todo desde la *Rerum novarum*, se habían desarrollado distintos movimientos e instituciones y había no pocos sacerdotes que trabajaban en los problemas del mundo de las relaciones laborales³. Por supuesto, no todos se dedicaban a ello, pero la figura del sacerdote «social» era, sin duda, una figura presente en muchos ambientes.

No obstante lo dicho, también es muy cierto que dentro de este mundo abigarrado, ya en movimiento desde hacía años y presente en muchos lugares, Arizmendiarieta fue una figura excepcional. De hecho, aunque hubo muchos sacerdotes preocupados por la cuestión social y entregados a ese tipo de actividades, hay muy pocos que hayan conseguido aplicar los principios de la Doctrina Social con éxito al mundo empresarial. Entre otras cosas, don José María destacó por su empeño en sacar adelante lo que creía que era su vocación, una firme vocación de entregarse a la ayuda a los demás, como han destacado sus biógrafos, y que tuvo las luces y la fuerza para empujar a otras personas a desarrollar un cooperativismo autogestionado, diríamos, completo: porque serían los propios obreros, en cooperativa, los propietarios de las empresas que iban a sacar adelante. De ese modo cambiarían la sociedad, no

³ Maritxalar y Rubio.

solamente por producir bienes necesarios de calidad –cosa que también importaba mucho a don José María–, sino fundamentalmente, por conseguir una promoción social y humana de todos los que participaron en esa aventura y de sus familias: no simples asalariados, mejor o peor pagados, sino propietarios en cooperativa, responsables, innovadores, mejorando continuamente su formación; en fin, un grupo social impensable fuera de las ideas que fluyeron abundantemente en aquellos años de la Doctrina Social, pero también un ejemplo señero y particular de la puesta en práctica de esas ideas.

Lo dicho se desprende, aunque sea de manera general, de la lectura de los testimonios que estamos comentando, muchos de los cuales se refieren también directamente a la influencia que la Doctrina Social tuvo en Arizmendiarieta. Algunos de los testigos dicen lisa y llanamente que sí, que esa Doctrina influyó en don José María y que se sabía que leía las encíclicas, sin más explicaciones; otros, en cambio, detallan algo más en qué consistía o en qué se notaba, esa fuente de ideas.

«Don José María, dice Arrieta, ha sabido aplicar la Doctrina Social de la Iglesia al medio donde le tocó vivir, que era como coadjutor en Mondragón, y haciendo una labor concreta». Esa labor fue, según Arrieta, resolver los problemas de la gente a la vez que mantenía su condición de sacerdote, «haciendo hacer, ayudándose de otros y dando siempre, teniendo siempre la respuesta y mirando al desarrollo de la dignidad de la persona humana»⁴. Arrieta destaca también otro aspecto de la Doctrina Social que es la importancia del trabajo, característica esencial de la persona que se dignifica y se puede santificar a través de él. El trabajo, dice Arrieta, «es ocasión de ponerse en contacto con Dios y engrandece al sujeto». Como Arrieta, muchos testimonios acreditan que lo que más le importaba a don José María era la persona y que esa persona se realizaba y dignificaba a través del trabajo en servicio de los demás. También respecto al trabajo, Álvarez comenta que la Doctrina Social habla de un trabajo decente, «bien remunerado, con el que se puedan desplegar las capacidades de las personas y su creatividad, o sea, el trabajo como expresión de la propia persona», además de la atención a los desfavorecidos. En ese sentido, sigue, la economía debe estar subordinada a la política para que pueda primar el bien común, y situar a la persona en el centro de todo⁵. Estas palabras pretenden caracterizar rasgos importantes de la Doctrina Social de la Iglesia, pero es evidente que se pueden aplicar completamente al pensamiento y la acción de Arizmendiarieta que bebió directamente de esas fuentes.

El apego a las ideas de la Doctrina Social, por otra parte, era una manifestación de su religiosidad, de su unión con Dios. Don José María era «en todo sacerdote» y era esa vida interior la que daba unidad y vivificaba su acción social. Desde su religiosidad,

⁴ Arrieta.

⁵ Álvarez.

podríamos decir, encontró que la Doctrina Social y las ideas que de ahí emanaban era la mejor vía para ayudar a los demás y transformar la sociedad, siempre con un trasfondo cristiano. La base de su pensamiento estaba en la Iglesia; «el tío José Mari era sobre todo sacerdote», dice su sobrino Jesús Mari. Además, era un hombre culto, que leía mucho y por supuesto, conocía las encíclicas⁶.

A Jabier Etxeberria, sacerdote de Mondragón, le llamaba la atención la dedicación férrea de don José María a aprender la Doctrina Social de la Iglesia y, sobre todo, a aprender a ponerla en práctica. Su gran preocupación fue el mundo laboral, los obreros, cada una de las personas que tenían que abrirse al futuro. Para él la pastoral era, precisamente, la dedicación al mundo laboral. Según Etxeberria, don José María era muy consciente de que la doctrina social se podía desarrollar precisamente a través del cooperativismo. Esa era la manera de garantizar la dignidad de las personas, el trabajo por el bien común, y la posibilidad de transformar la sociedad, porque, comenta Etxeberria, Arizmendiarieta pensaba que la creación del mundo por Dios no había terminado, es preciso que el hombre colabore con Dios en el desarrollo de la creación a través del trabajo. El hombre –sigue Etxeberria, recordando ideas de Arizmendiarieta– es un cooperador de Dios, colabora con su voluntad en lo que Dios quiere que hagamos y «todo trabajo es importante, sea cual sea, y es un deseo, un deseo y una obra de hacer un mundo mejor». Y añade: «La causa de Dios en el mundo es el hombre». Él –don José María– asimilaba y vivía esto plenamente, «recuerdo cómo hablábamos de esto y cómo lo vivió a rajatabla»⁷.

De ahí se derivaba la idea de hacer que cada hombre fuera consciente de su ser y de su trabajo, de su vida en la sociedad y «trabajar con ello y hacer así un mundo mejor y una sociedad mejor, también un hombre mejor para sí mismo»⁸. Evidentemente, estas ideas derivan de la doctrina social y la desarrollan de una manera particularmente interesante y fructífera en el caso de don José María. Flaminia Giovanelli, entonces subsecretaria del Pontificio Consejo de Justicia y de Paz, visitó Mondragón, ya en tiempos del papa Francisco. De esa visita recuerda cómo vio allí de qué manera se había puesto en práctica la Doctrina Social de la Iglesia. Se trata dice, de una iniciativa –la cooperativa de Mondragón– que muestra cómo se puede poner en marcha una gran empresa de acuerdo con la Doctrina Social. Es un modelo muy interesante de lo que el papa Francisco llama la economía inclusiva, que ahora se fomenta desde el Pontificio Consejo en muchos lugares. El caso de Mondragón es particularmente interesante, comenta Giovanelli, porque empezó arraigado en la idea de gratuidad, idea que está bien expuesta en la *Caritas in veritate* de Benedicto XVI: el mercado no puede funcionar sin gratuidad; pues bien, cuando empezó,

⁶ Arizmendiarieta.

⁷ Etxeberria.

⁸ Etxeberria.

Arizmendiarieta quería dar trabajo a la gente y él lo hizo solamente para hacer algo bueno por los demás, no tenía ningún interés personal, ninguna ganancia personal, pura gratuidad, opina Giovanelli⁹. Es un aspecto más de la influencia de las ideas de la Doctrina Social, que se podría extender a todos los que empezaron que, como hemos visto, dieron mucho más de lo que recibieron al principio.

Ildefonso Moriones, postulador de la causa de beatificación de Arizmendiarieta, explica muy bien, porque conoce los documentos de la causa, que don José María conocía y aplicaba la Doctrina Social. En sus escritos en relación con la «cuestión social» –charlas, sermones, homilías, etc., todo lo escribía– cita desde los primeros Padres de la Iglesia hasta todos los papas contemporáneos, desde León XIII a san Pablo VI. En esos escritos, base de su predicación oral, se refiere a todas las encíclicas y se puede leer que se refería a ellas como «el papa ha dicho» o «el papa se acaba de referir a...», etc. También hablaba, según Moriones, de un Cristo humano –no solo de su divinidad, sino de su humanidad–, para de ahí pasar a preocuparse por las condiciones de vida materiales de las personas. Son esas ideas sobre la humanidad de Cristo y el ejemplo que eso tiene para todos, lo que se quedaba en la mente y el corazón de los jóvenes que lo escuchaban y que luego se lanzarían a la acción¹⁰. Aquí hay también una cierta novedad, pues no era tan frecuente entonces predicar sobre la base de la humanidad de Cristo. Como señala también Moriones, cuando Benedicto XVI nos dijo que el Evangelio no es una teoría o una filosofía, sino el encuentro con una persona, eso nos recuerda precisamente, la posición de Arizmendiarieta que se refería a la persona humana de Cristo para confrontarla en el presente, con los problemas sociales y animar a la acción.

Moriones insiste en que don José María conocía muy bien a los pensadores y escritores del siglo XIX y luego a los papas desde León XIII. Estaba muy metido en el mundo de los escritos sobre Doctrina Social cuyas ideas asimiló muy bien y trasladó después a sus alumnos, siempre con la intención de ponerlas en práctica. Hizo, por ejemplo, que sus alumnos se suscribieran a revistas extranjeras para estar al día, conociendo lo que se hacía allí donde estaban más adelantados en estas cuestiones. Pero lo que le interesaba, insiste Moriones, no era solo conocer, sino que «reclama una actuación social decidida de los católicos y una reforma amplia de la vida social». La base de esa reforma ha de ser que las riquezas puedan fluir hacia todos, que no haya diferencias exageradas porque el pobre también tiene derecho a la propiedad.

La inspiración para concretar estas ideas evangélicas la sacaba de los documentos de la Doctrina Social, de los escritos de los papas; después, intentaba llevarlas a la práctica, desde el principio de su tarea pastoral, con el grupo que se reunía junto a él y les iba repartiendo tareas en diferentes ámbitos, «cada uno tenía un

⁹ Giovanelli.

¹⁰ Moriones.

sector, deportes, espectáculos, cuestión social... y les hacía recoger ideas e información y ponerlas en común, compartir con los demás»¹¹. Ya desde el principio, cuando trabajaba en la Acción Católica de la parroquia, reunía los miércoles a un grupo de jóvenes y les explicaba ideas relacionadas con la Doctrina Social y cuestiones de relaciones laborales, un campo que a esos jóvenes les pareció nuevo, todo un descubrimiento. Se notaba, dice Ormaetxea, que don José María tenía afán no solo por enseñarles esas cosas, sino que quería que las vivieran¹².

Era el sentido cristiano de Arizmendiarieta que se manifestaba en la preocupación social, en el deseo de conseguir que hubiera desarrollo en el pueblo, en la provincia; él entendía el cristianismo desde la perspectiva de impulsar el bien social, pero a partir del estudio y del trabajo, para conseguir así que hubiera desarrollo y justicia y que eso se pudiera extender a todos. Se trataba de rezar, pero también de hacer¹³. A don José María no le preocupaba la política, sino, sobre todo, le preocupaba «el mundo de los problemas sociales y del aunamiento de esfuerzos ante los problemas sociales», priorizaba el trabajo en resolver necesidades sociales, unir para construir¹⁴. También Retegui afirma que «el origen del modo de actuar de Arizmendiarieta es un sentimiento trascendente, religioso; es un sacerdote cuyo sentido de fe se traduce en una relación directa entre esa fe y su aplicación práctica, eso sí, sin imponer nada, dejando que las entidades funcionen por sí mismas»¹⁵.

En consecuencia, por lo tanto, no extraña que muchos se dieran cuenta de que semejante manera de pensar y de vivir tuviera como fuente la Doctrina Social de la Iglesia. El mismo Pagaegi afirma que todo eso que hacía Arizmendiarieta estaba totalmente de acuerdo con la Doctrina Social y que se la explicaba claramente a los que estaban con él. También Juan Mari Concha asegura que las ideas de Arizmendiarieta se basaban en la Doctrina Social. Él mismo ha leído escritos de don José María donde habla de la Doctrina Social y no duda de que sus ideas se basaban en ella, aunque no puede precisar hasta qué punto. Él hablaba de que la persona con su dignidad, y no el capital, es el centro de la empresa, particularmente de la cooperativa, también de la importancia del bien común por encima del individual; en ese sentido, dice, parece trasladar ideas de la Doctrina Social a la realidad de la empresa¹⁶.

Corcuera confirma que la dignidad de las personas y el bien común eran dos ideas centrales en las charlas y en el pensamiento de Arizmendiarieta. Según él, le vendrían de su vida religiosa. Es el reflejo de la idea del ser humano del cristianismo en

¹¹ Moriones.

¹² Ormaetxea.

¹³ Pagaegi.

¹⁴ Retegui.

¹⁵ Retegui.

¹⁶ Concha.

la que se basan los derechos humanos de la civilización occidental, que han nacido por influjo de la Iglesia; también tiene que ver con el desarrollo de las encíclicas sociales, aunque, opina, «haya un notable desfase de la estructura eclesial». Según él, las ideas de don José María tienen también que ver con la *Rerum novarum* y el influjo que tuvo en su momento y después, y luego con otras encíclicas. También Cristóbal afirma que la cooperativa surge de un contexto cristiano, de considerar que el ser humano es hijo de Dios, algo que estaba en los pensadores cristianos incluso antes de León XIII¹⁷. Corcuera ve una relación directa entre la vida religiosa, la espiritualidad sacerdotal, de Arizmendiarieta, y el apoyo de su actividad en las encíclicas sociales. Otra cosa, afirma, es que, si bien se basaba en las encíclicas y otros documentos eclesiales, no necesariamente los citaba; como señala, esa doctrina «fue fundamental, aunque no tuviera que declararlo, creo yo que porque no hacía falta»¹⁸.

Este apunte de Corcuera nos parece que es interesante pues muestra con claridad que las charlas de Arizmendiarieta no tenían nada de académicas, no se preocupaba por citar sus fuentes, ni era necesario, simplemente predicaba las ideas cristianas tal como las había aprendido y asimilado en el Evangelio y en los documentos de la Iglesia. Otros testigos sí afirman que don José María citaba pasajes concretos de las encíclicas, posiblemente porque se referían a diferentes momentos o situaciones o a aspectos muy concretos; en cualquier caso, lo que queremos destacar es que, en realidad, no le preocupaba la ideología, ni teorías, ni demostraciones, sino solamente las cosas concretas, lo que había que hacer; es decir, la puesta en práctica de unas ideas cuya fuente no era necesario explicitar: la razón fundamental de aplicar dichas ideas no estaba en que fueran una doctrina, sino en que había una realidad que había que transformar.

En todo caso, a quien conocía mejor la Doctrina Social no se le escapaba que las ideas que don José María desarrollaba en muchas de sus homilías derivaban de ella. Cristóbal afirma no haber asistido a muchas misas dichas por Arizmendiarieta, pero le parece clara la relación entre sus ideas, que luego aplicó, y la Doctrina Social¹⁹. Egia resalta también que don José María era, sobre todo, sacerdote, y aunque no hablara directamente del Evangelio o de las encíclicas, era evidente que se estaba trasladando las ideas de *Rerum novarum* o de *Mater et magistra*, ideas que intentaba aplicar²⁰.

Cancelo pretende disentir de la influencia de la Doctrina Social de la Iglesia o, al menos, la matiza. En el cooperativismo iniciado por don José María, dice, «el eje fundamental es la persona en cuanto aportadora de su conocimiento, de su saber hacer, de su capacidad de transformar la realidad»; en este cooperativismo, el

¹⁷ Cristóbal.

¹⁸ Corcuera.

¹⁹ Cristóbal.

²⁰ Egia.

trabajador es el protagonista único. Según Canelo, esta idea no está inspirada en la Doctrina Social de la Iglesia, sino que es de don José María²¹. Puede que esta opinión provenga de una lectura parcial de los documentos sobre Doctrina Social, o bien puede que distinga entre unas ideas primeras y su desarrollo. A nosotros nos parece claro que lo que el mismo Canelo dice de don José María, que pone «al ser humano en el centro del desarrollo de la empresa y de la economía», está plenamente de acuerdo con la Doctrina Social y proviene de ella. Otra cosa es que, a la hora de la práctica, Arizmendiarieta llegara a realidades que ciertamente pueden no estar explicitadas en la doctrina, que nunca baja al detalle de realizaciones concretas, pero es claro que la idea inspiradora parte de los documentos magisteriales, ciertamente adaptados a la realidad y, desde luego, en este caso, desarrollados con un impulso tenaz por don José María. Como señala Mendieta, «en aquellos debates que hacían Alberdi y Arizmendiarieta, en el fondo de lo que se trataba era de ver cómo se materializaba la Doctrina Social de la Iglesia», porque don José María, como él mismo decía, era un «sacerdote, sacerdote», pero no solo para el culto y los sacramentos, sino que era un «sacerdote emprendedor», promotor, preocupado por los demás, «con un amor al prójimo inconmensurable»²², y ese amor es el que lo llevó a idear fórmulas para desarrollar la Doctrina Social.

Desde luego, don José María tenía una idea muy completa, integradora, del ser humano, idea que proyectaba al ámbito del trabajo, en búsqueda del perfeccionamiento personal y social a la vez, en todos los aspectos relevantes de la vida. Por supuesto, la puesta en práctica de este paradigma va más allá de lo explicitado en los documentos concretos de Doctrina Social, sencillamente porque se trata de su desarrollo. En ese sentido son muy interesantes las consideraciones de Íñiguez quien señala, parafraseando un viejo dicho, que «no hay nada más práctico que una concepción multidimensional del ser humano»²³. Esa concepción es la que se desprende de cualquier documento de la Doctrina Social de la Iglesia y es la que Arizmendiarieta adoptó y puso en práctica.

Íñiguez explica cómo esa concepción multidimensional tiene una gran profundidad, facilita la comprensión de lo que de verdad es el hombre y, por lo tanto, sirve de guía para evaluar si algo se está haciendo bien o mal. En ese sentido, añade, hay una larguísima tradición en la Iglesia católica desde el siglo XIX, de pensadores y escritos que se han preocupado de las relaciones laborales y del mundo de la empresa y de la economía, de donde se desprende que estas no deben instrumentarse en contra del ser humano, desamparándolo y convirtiéndolo, como dice el papa Francisco,

²¹ Canelo.

²² Mendieta.

²³ Íñiguez. El dicho al que se refiere, muy afecto a los filósofos, es: «nada hay más práctico que una buena teoría».

en meros instrumentos descartables²⁴. Pero esta idea, señala también, aun expresada de diferentes modos y para otros contextos históricos, podríamos añadir, es algo que



9 Septiembre de 1970: Se inaugura la Planta de Garagarza. Acompañan los Ministros de Industria, José María López de Letona y de Trabajo, Licinio de la Fuente

han dicho todos los papas, sobre todo desde que se ocuparon de manera más directa del mundo del trabajo en cuanto las relaciones laborales cambiaron de signo con el primer desarrollo del capitalismo, en particular desde la Revolución

Industrial de fines del siglo XVIII. De ese modo, dice también Íñiguez, la «destrucción creadora» de Schumpeter –destrucción de tecnologías u organizaciones obsoletas para dar paso al desarrollo de otras nuevas– no puede convertirse en destrucción de personas.

Por seguir con el papa Francisco, Larrañaga recuerda cómo en la *Fratelli tutti* el pontífice se refiere a que todos somos hermanos: «todos somos una familia, todos hermanos, entonces todos tenemos que trabajar, que apoyar el bien común para que ese bien común se pueda luego repartir equitativamente»²⁵. Cabe resaltar que en esas palabras de Larrañaga recordando las del papa, se puede escuchar un eco de aquello que los primeros cooperativistas decían sobre cómo los animaba Arizmendiarieta y cómo les hacía sentir la necesidad de vivir la solidaridad.

Si esas ideas siguen estando hoy de actualidad y la resolución de los problemas que encierran sigue estando pendiente, podemos imaginarnos el sentido revolucionario que para muchos tuvieron las ideas de Arizmendiarieta cuando insistía en ponerlas en práctica. Al respecto, Maritxalar y Rubio no temen señalar que

²⁴ Íñiguez.

²⁵ Larrañaga.

Arizmendiarieta supo poner en práctica las ideas de la Doctrina Social de la Iglesia y que eso, en su momento, resultaba revolucionario²⁶; no solo eso, podríamos añadir, sino que, además, lo que impulsó don José María tuvo un desarrollo impresionante y una continuidad que otras iniciativas del mismo tenor e intenciones no tuvieron. A nuestro entender, eso demuestra no solo el tesón del sacerdote impulsor y la fidelidad de sus seguidores a sus ideas, sino el hecho de que asimilara de manera profunda y radical lo esencial de la Doctrina Social. Solo haciendo suyos vitalmente los principios, pudo don José María desarrollarlos en ideas fecundas.

²⁶ Maritxalar y Rubio.

